

XVII

Un acto de fe

Dos días después Beatriz recibió un pergamino envuelto con una cinta rosa. Elisenda entró corriendo a la habitación. Agoi todavía estaba recostada en el almohadón y parecía dormir.

Con palabras entrecortadas dijo, "Señorita, esto es para usted. Hoy estuve en el mercado... y ese joven... no recuerdo el nombre, pero la hermana era amiga suya... ¿Cómo se llamaba?"

"¿Qué es, Elisenda?"

"Esto... esto, señorita... tome."

Beatriz tomó el pergamino con ambas manos y lo mantuvo en los pliegues de la manta que la cubría.

Elisenda continuó, "Bueno, en cuanto me vio, me llamó y me preguntó si me podía entregar un recado para usted."

Beatriz no se animaba a desatar la cinta. Estaba segura de que el mensaje era de Arnau. "No sé si debería recibir de un extraño este pergamino," dijo. "A mí no me gustan estas clases de mensajes anónimos."

"Yo que usted, lo leería. Con los tiempos que vivimos uno nunca sabe. Debe ser importante. Me dijo que no se lo entregara a nadie, a nadie. Solamente a usted."

"Bueno, mejor será que me levante y vaya al estudio de papá a ver de quién es."

Agoi se sentó y trató de cambiar la conversación "**¿Com està donya Astruga?**"

Elisenda respondió **"S'ha despertat; s' ha begut la infusió d'herbes per purgar la febre..."**

Agoi le pidió que se retirara pues quería ayudar a vestir a Beatriz. Elisenda dejó la alcoba.

Agoi cubrió a Beatriz con una saya larga. Beatriz subió apresuradamente hasta la biblioteca de Don Ysaac. Se dejó caer en el sillón de cuero. Le temblaban las manos y no se animaba a desatar la cinta rosa. Después de unos breves momentos, cuando se sintió más tranquila, leyó el mensaje:

“Amada mía:

Cómo me gustaría tenerte entre mis brazos y pedirte que seas mía para siempre. Solamente el deseo de volver a verte guiará mi vida. Estarás siempre conmigo. Cuidate y cuida a nuestro niño. Sé que has sufrido mucho. Yo también. Los rumores corren de que ustedes dejarán la ciudad. Ya lo sospechaba. Todo lo que pasa es tan triste.

Siempre tuyo, Arnau."

Beatriz dejó caer el papel en el piso y recostó la cabeza sobre la mesa. No pudo contener un desconsolado alarido que le brotó de los labios. Su cuerpo se movía como en espasmos. Por momentos gritaba y por momentos lloraba. Sintió que se ahogaba en sus mismas flemas. Se sentía mareada y pensó que se desvanecería. Tenía que dejar de llorar. Seguramente Dulcia vendría a buscarla si escuchaba los gritos. Se paró y arregló los pliegues de la saya, pero se sintió mareada y se volvió a sentar. No. No. Ella dejaría Barcelona con sus padres. Ella seguiría a sus padres. Se tocó las mejillas y recordó la última vez que Arnau la había besado. Se acercó a una de las ventanas y miró hacia la distancia. El sol brillaba esplendoroso en el horizonte. ¿Volvería algún día a encontrarse con Arnau? Se tocó el estómago y pensó en su niño. Debía ser fuerte por él. Recordó los momentos que había pasado con Arnau en lo de Regina. ¿Cómo podía haber ocurrido todo esto? ¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué? ¿Por qué tenían que dejar Barcelona? ¿Por qué tantas persecuciones? ¿Qué había hecho ella para ser castigada en esa forma?

Seguramente Arnau tendría otros hijos. ¿Qué hará ella con su niño? Cuando lleguen a Venecia se lo contará a la abuela. Será mejor así. Tal vez pueda tener el niño con ayuda de Agoi y nunca nadie sepa nada. Luego diría que es un niño que ella adoptó. Le pareció que todo era descabellado, pero se dio cuenta de que nadie contaba la verdad esos días. Todos sufrían, todos mentían y todos ocultaban cada paso que daban. Se sintió enferma. Nunca debería de haberse entregado a Arnau.

Se agachó y recogió el pergamino del piso y lo rompió en pedacitos. Es mejor así, dijo. Todos están tan aterrados, su madre enferma, su padre sin saber qué hacer y estaba segura de que a nadie se le ocurriría preguntar por Arnau. Ella no contaría nada. Sería mejor que se calmara y bajara a conversar con Dulcia y ayudarla a empacar la lencería.

Un intenso sentido religioso invadió su alma. Recordó al rabino y las clases de la Torá cuando era niña. Pero parecía como si su cuerpo no la dejara moverse. Comenzó a llorar nuevamente. Si ella se convirtiera, ¿dejaría a Arnau a esa mujer y se casaría con ella? Le pareció una locura este pensamiento. No. Todo es horrible. Recordó a sus abuelos. "Me debo calmar," dijo a media voz como asegurándose a sí misma lo que debía hacer.

Con gesto heroico, como alguien que está dispuesto a un sacrificio, se paró, irguió la cabeza, "No. Soy judía y lo seguiré siendo." No podía mentir que no lo era. No quería convertirse a algo que no sabía lo que era, a una religión que mataba, que encerraba en cárceles a los que no creían en el Dios de ellos, que torturaban, que robaban y se enriquecía con el dinero que no era de ellos. ¿Cómo podía ser esto? ¿Religión? dijo y volvió a levantar la voz. No. Religión es amor. ¡Pensar que Arnau quería que ella se convierta a una religión que hace sufrir tanto!

Una intensa calma entró en el alma de Beatriz. Nadie sabrá lo del niño por ahora. Ya vería la forma de explicar lo que pasó más adelante. Se agachó y tomó los pedacitos de

papel. Subió la escalera que conducía a las torres y cuando llegó a la azotea, dejó que el viento se llevara los pedazos de pergamino.

Luego sintió su cuerpo más ágil y fuerte. Estaba lista para ayudar a sus padres a dejar el palacio.

Beatriz encontró a Dulcia y a Don Ysaac en el cuarto de estar. Los dos se pararon en cuanto la vieron entrar. Habían cambiado la fecha. "No podemos salir con Astruga el 22. Dejaremos el palacio el cuatro, el último día en que podemos quedarnos. Pasaremos la noche en lo de Gispert de Guimerà. Ellos se han convertido hace muchos años."

Don Ysaac era el médico de Don Gispert y éste le prometió ayudarlo. "Ya es tarde para otra solución. Si Ramona no mejora," explicó Don Ysaac, el domingo a la madrugada ustedes saldrán en dos grupos por la frontera del norte. Nosotros nos quedaremos en lo de Gispert."

Beatriz se sorprendió, pero Don Ysaac explicó que Astruga no podría viajar en las condiciones en que estaba. Vería si puede hablar con el rey. Serían nada más que unos días después.

"¿Por qué por la frontera del norte, papá?" Preguntó Beatriz. "Los barcos..."

"No he podido encontrar barco. Se discuten los problemas de los puertos. No saben en cuál podremos entrar. Es muy tarde ya."

El palacio de Guimerà en San Honorat era uno de los edificios que se había salvado de ser confiscado debido al prestigio y la riqueza de la familia. Dos escuderos de los Guimerà los buscarían para protegerlos. Pero tenían que estar esperándolos en el portón. Ese era el arreglo que Don Ysaac había logrado hacer con su amigo.

XVIII

Robo en el palacio

El 29 de julio Astruga seguía enferma sin poder dejar su alcoba. Sarah había pasado el día a su lado y lloraba cuando alguien entraba en la habitación. Don Ysaac les pidió a los sirvientes que se reunieran esa tarde en el jardín pues los quería hablar.

Este fue el último Sabbath que celebraron en Barcelona. Tuvieron miedo de que los sirvientes los vieran. Pero Don Ysaac insistió en que debían prender la velas. Don Ysaac leía todos los días los comentarios de la Torá del Rabino Bachya ben Asher, que había vivido en Zaragoza, y al cual sus abuelos habían conocido, pero hacía más de un año que no celebraban ninguna fiesta.

Antes de despedir a los sirvientes, se reunieron Don Ysaac, Beatriz, Dulcia y Ezequiel en el salón comedor. Astruga no pudo dejar su habitación, pero cuando supo que recitarían las plegarias, se sintió feliz.

Beatriz se acercó a la **menorá** y prendió las velas. Con vigor movió ambas manos por encima de las mismas. Le pareció que era verdaderamente una nueva creación, un nuevo comienzo. Cada gesto que hacía tenía como un significado secreto.

Tomados de las manos recitaron, **Barukh atah A-donay e-lo-henu melekh ha-olam asher kid'shanu b'mitzvotav v'tsivanu lehadlik ner shel Shabbat.**

Luego cantaron en bajo tono tres veces **Shalom Aleichem, la paz sea contigo... Bo-akhem leshalom, ven en paz..., Barkhuni leshalom, bendiceme con la paz..., Tset-khem leshalom... ve en paz.**

Dulcia y Ezequiel se acercaron a Don Ysaac para recibir la bendición.

El viejo médico acarició sus cabellos en un gesto que le era familiar. Bendijo a sus hijas y les pidió que fueran fuertes como Sarah y Rebecca y que Ezequiel imitara a Ezequiel y a Menasseh, los hijos de José.

Beatriz recogió la capa y, con paso tembloroso, se acercó a su padre y se arrodilló. Don Ysaac pronunció sobre ella otra bendición, **¿Eshet chayil mee imtsah?** "Una mujer de valor, ¿dónde se la encontrará?..."

Beatriz pensó en el niño en sus entrañas. Le dio pena, pero al mismo tiempo una nueva paz la invadía. Amaba tanto a Arnau que se dio cuenta de que llevaba un recuerdo suyo para siempre. Esto la ayudaría a enfrentar los días que se acercaban. Le explicó a su padre que ya se sentía mejor. Don Ysaac la ayudó a pararse y le besó su mejilla.

Dulcia recitó la plegaria en honor a la mujer. Tomó de la mesa el pan trenzado y poniéndolo sobre la cabeza de Beatriz pronunció una breve oración. Luego lo dividió en pequeños trozos.

Cantaron el **Kadish** y en una palanca con agua se lavaron las manos.

Don Ysaac bendijo el vino y si bien Beatriz no hubiera deseado beberlo, Don Ysaac insistió en que lo hiciera.

Después de unos momentos, Don Ysaac les pidió que se sentaran a su alrededor.

Beatriz puso a Ezequiel sobre su falda.

Don Ysaac explicó que los Reyes ya habían tomado muchas casas y negocios de los judíos en otros lugares de la Península; se sabía que la casa del rabino Joseph Kinji, que había hecho construir en Málaga para que su esposa pudiera recuperarse de sus pulmones, había sido saqueada. Se creía

que ella había muerto en el saqueo. Se decía que unas mujeres campesinas la habían apedreado.

"Son tan pocas las noticias que llegan," dijo Don Ysaac, y con su acostumbrado gesto, pasó la mano nuevamente por sus negros cabellos. Los gendarmes habían invadido otras posesiones, pero no se sabía cuántas. "Abraham Seneor se convirtió," explicó, y sacando un pañuelo de su bolsillo, se secó los ojos. "Nunca hubiera pensado esto." Miró hacia la distancia. "Abraham siempre ha servido a los Reyes fielmente, ¿qué habría pasado?"

"¿Qué haremos ahora, papá?"

"Aquí, en la ciudad, no queda nadie. Ya lo saben. Unos pocos comerciantes que ni se sabe qué son, si judíos o cristianos. Los pobres tienen tanto miedo que andan por las iglesias santiguándose."

"¿Y nosotros?" preguntó Dulcia. ¿Tendremos que colgarnos un rosario a la cintura hasta que dejemos este lugar? Se notaba el tono irónico y molesto de su voz.

"Hija, todos debemos mantener la cabeza en orden." Con esto Don Ysaac puso fin a la conversación. "Ahora, vamos a despedir a los sirvientes. Llama a Sarah. Le tenemos que pedir que pregunte a las mujeres si quiénes nos acompañaran. Necesitamos a Sarah para tu madre y otra de las jóvenes para que cuide a Ezequiel."

"Yo iré al cuarto de mamá. Sarah está con ella."

"Ezequiel, ven conmigo," dijo Dulcia y dejó la habitación.

Don Ysaac se paró. Su rostro había oscurecido. Miraba a la distancia como si no mirase. Beatriz le tomó la mano.

"Yo te ayudaré, papá." Veré dónde está Agoi. Ya vuelvo."

Beatriz bajó corriendo al jardín. Encontró a cinco hombres que cruzando los brazos miraban hacia los pisos de arriba.

El extraño gesto de sus rostros sorprendió a Beatriz. Se detuvo un momento. No veía ni a Saltiel ni a Jacobo. "¿Qué se haría Cetrino?" Miró hacia la distancia y vio a Agoi al lado de la puerta de la cocina.

"Agoi, ven."

Elisenda salió de la cocina y preguntó si necesitaba algo.

"Sí, Beatriz te quiere hablar."

Las jóvenes se acercaron a las gradas de la escalera y cuando estuvieron al lado de Beatriz, esta les dijo, "Papá ya viene," y subió corriendo seguida por Agoi y Elisenda. "¿Dónde está Eulalia?"

Las jóvenes no respondieron. Subieron al primer piso.

Don Ysaac las esperaba. "Dónde está Sarah"

Con mamá, papá. ¿No recuerdas?"

Don Ysaac sacudió la cabeza y compuso la garganta, "No está en la alcoba de tu madre."

"¿No?" dijo Beatriz sorprendida.

Don Ysaac miró a las dos jóvenes sirvientas y les dijo en baja voz, "Nosotros no podremos dejar el palacio hoy, como había pensado. Astruga sigue enferma. Saldremos en unos dos días. Necesitó saber quiénes me pueden ayudar con ella y quién irá con Dulcia, Beatriz y el niño."

Las jóvenes lo miraron en silencio sin responder.

"Usted Elisenda, dijo Don Ysaac, ¿podrá cuidar a la señora?"

Elisenda no respondió.

"Yo quiero ayudar," dijo Agoi. "Vendrá Sarah también?"

"No lo sé," respondió Don Ysaac. "Espero que sí."

"¿Hasta cuando nos quedaremos?" preguntó Elisenda?"

"Dos días más para ver si Astruga mejora."

"Prefiero salir con las señoritas y Ezequiel," dijo Elisenda.

"Tengo, como se dice... un poco de temor, Don Ysaac. Usted sabe..."

Don Ysaac se dio cuenta de que nadie deseaba quedarse hasta después de la fecha en que los Reyes prometían protección.

Con una rápida voz, Agoi explicó que ella y Elisenda irían al cuarto de costura a ver a Ezequiel y a Dulcia y también verían si la señora desea alguna cosa.

"Podemos contar con ustedes," insistió Don Ysaac.

Tanto Agoi como Elisenda inclinaron su cuerpo como asintiendo.

Don Ysaac suspiró profundamente.

Las dos sirvientas se apartaron tomadas de la mano y caminaron escalera arriba.

"¿Qué haremos con mamá? ¿Quién la cuidará?"

"Ya veremos, tal vez Eulalia. Tal vez Sarah?"

"Oh, papà, algo pasa con Sarah."

Don Ysaac volvió el cuerpo hacia atrás y recogió seis bolsas con monedas de oro que había dejado en un cajón al lado de la escalera. "Para los sirvientes," dijo.

Beatriz miró a su padre y con ternura, como quién ayuda a un niño, le dijo, "Iré contigo, papà. No está bien que vayas solo."

Caminaron hacia el jardín.

Los sirvientes seguían parados exactamente en el mismo lugar.

"Don Ysaac los miró detenidamente, "¿Dónde está Saltiel?" preguntó. "¿Dónde están Jacobo y Cetrino?" Faltaban sus hombres de confianza. Se dio cuenta de que la mayoría de los hombres eran los asalariados semanales.

Nadie le respondió.

Don Ysaac explicó que ellos pensaban irse solamente por unos meses, o un año, y que luego volverían al palacio. La mirada de los hombres clavada en las seis bolsas de oro que él traía asustaron a Don Ysaac.

"El señor Alfachím vendrá mañana a hacerse cargo del edificio." Don Ysaac sabía que se quedarían dos días más, pero pensó que era mejor decirles esto.

Los hombres se mantuvieron en silencio. Uno de los mozos de mano preguntó "¿Nos pagará usted?"

Don Ysaac sacó las monedas de oro del bolso.

Los ojos de los hombres brillaron.

Don Ysaac, dijo: "Ya saben ustedes los problemas que hemos tenido. Ahora quiero que se retiren del palacio con sus cosas, en cuanto les entregue el pago. Aquí tienen ustedes el dinero que les prometí."

Los hombres se acercaron apresuradamente y Don Ysaac entregó las bolsas a los seis hombres que se habían reunido.

Don Ysaac les pidió que si fuera posible dejaran el palacio inmediatamente.

Beatriz y Don Ysaac vieron que los hombres caminaban hacia el portón de servicio.

Don Ysaac en baja voz le preguntó a Beatriz si dónde estaban Saltiel y Jacobo.

"No se papá. Tampoco he visto a Cetrino. Tal vez tengan miedo. No sé."

Pasó un rato. Don Ysaac dijo "Eso es todo." Pensó en caminar hacia el portón de servicio para asegurarse que estuviera clausurado.

Antes de que Don Ysaac pudiera hacerlo, tres hombres se acercaron.

Don Ysaac hizo un paso hacia atrás sorprendido.

Miraron a Don Ysaac por un largo rato. Los negros ojos parecían destellar con malicia. Preguntaron si podían quedarse con la litera más vieja, ya que tenían tres literas y que no las necesitarían a todas. "Ustedes pueden ir con una al puerto," el más alto y de robustos brazos expresó.

Beatriz al escuchar la estridente voz apretó la mano de su padre. Lo miró aterrada.

Don Ysaac tomó a Beatriz de la cintura, acercándola a su cuerpo.

Miró a los sirvientes y respondió, "Sí, se la pueden llevar." Sospechaba que si no se la entregaba la tomarían de todos modos.

Don Ysaac explicó, "Don Alfachim, como dije vendrá a hacerse cargo del edificio." Tenía que demostrar que no estaban solos. Debía ganar tiempo para librar a la familia de cualquier atropello.

Beatriz tuvo miedo. Prendida de la mano de su padre, miraba a los hombres que parecían entender los problemas de la familia.

Otro preguntó si podía llevar algunas cacerolas que su esposa necesitaba. "Ustedes no las necesitarán." Don Ysaac asintió con la cabeza.

Cada uno de los hombres añadía un pedido. "Me gustan estas macetas." "Dos o tres cosas más," dijo un hombre soltando una estrepitosa carcajada. Don Ysaac volvió a asentir.

Los hombres llevaron la litera al jardín. Comenzaron a poner macetas y ollas adentro del carruaje.

"No pueden llevar tantas cacerolas," dijo Beatriz.

Nadie le respondió.

"Nosotros no necesitaremos nada y estos hombres puede ser que necesiten esas cosas," dijo Don Ysaac.

"El vino. Que magnífica bodega. Llevaremos unas cuantas botellas."

Don Ysaac volvió a mover la cabeza.

De pronto aparecieron dos hombres más. Esto atemorizó a Don Ysaac. Los hombres saludaron, "Buenas. ¿Nos permite?" y sin esperar respuesta entraron en la bodega y sacaron numerosas botellas de vino que ubicaron en un cajón.

Luego volvieron a preguntar si podían llevar las tinajas de agua.

"¿Por qué los dejas, papá?" dijo Beatriz con inaudible voz.

Don Ysaac no le respondió. Se daba cuenta de que no podía hacer nada.

Al principio los hombres caminaban lentamente, como con respeto, pero en un momento dado comenzaron a tomar lo que estaba al alcance.

Uno de ellos entró en el cuarto de las proveedurías y puso comida en una bolsa.

En un momento dado, los cinco hombres apresuraron el paso y cogiendo una bolsa la llenaron con lozas y jarrones. Un joven de unos veinte años empujó a Don Ysaac y subió corriendo la escalera.

Don Ysaac temió por Astruga. "Mi esposa está enferma."

"Solamente al comedor."

Don Ysaac, nuevamente asintió, pero les pidió que no subieran al tercer piso. "Al tercer piso no," repitió dos veces. Los sirvientes parecieron entender.

Beatriz quiso decirles algo, pero Don Ysaac le apretó el brazo como pidiéndole silencio. Sin poder moverse, padre e hija comenzaron a contemplar cómo los hombres traían en sus brazos la platería y los adornos de lo que había sido su hogar y los ponían en una segunda litera.

"Papà," dijo Beatriz, "les dijiste que podían llevar una, ahora quieren dos."

"No hay nada que podamos hacer. Saben que no podremos llevar nada."

"Les dijiste que los Alfachín vienen mañana."

"No sé si me creyeron."

Arrancaron el último cortinado de terciopelo que quedaba en el comedor y bajaron las escaleras arrastrándolo. Astruga se olvidaría de quitarlo, pensó Don Ysaac

"Qué horror," dijo Beatriz mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

"Vengan," gritó uno. "Hay jarrones de plata en el comedor." La alegría en el rostro de los hombres era notable. "Los podremos vender a buen precio."

Por más de una hora, Beatriz y Don Ysaac miraron a cinco hombres llenar las dos literas con ropa, comestibles, platería, cortinas, cuadros, mantas, zapatos, capas bordadas, botas de Don Ysaac.

Beatriz vio que Beltrán traía en sus brazos su nueva loba con las anchas mangas, que su padre le había comprado en Italia.

"Mira, dijo uno, poniéndose la loba, "Esta es ideal para mi mujer."

Beatriz cerró los ojos.

"Hija," dijo Don Ysaac, "mejor será que subas al lado de tu madre."

"No, papá. Te acompañaré hasta que el saqueo termine."

Don Ysaac pensó en sus libros. Su frente traspiraba. La

mayoría de sus libros habían sido enviados a Francia hacía un mes, pero muchos todavía quedaban. Había guardado monedas de plata y oro para el viaje detrás de los manuscritos. Pensó que los hombres las podían encontrar.

Beatriz miró con horror que un hombre traía bajo el brazo un tapiz que había arrancado de la pared del comedor.

Julián bajó con los juguetes de Ezequiel. Beatriz quiso acercarse para decirle que no podían hacer eso. Don Ysaac que notó el movimiento de su hija, le hizo seña que no dijera nada. "Es mejor así. Acuérdate que nos tenemos que ir mañana sin falta. Estos hombres nos pueden delatar. Es mejor así."

Vio a su muñeca en los brazos del que parecía el capitán de los cinco. Era la muñeca de su abuela. La pensaba llevar en los brazos. Nunca había querido guardarla en los cofres que habían sacado del palacio.

Beatriz no pudo contenerse. Comenzó a llorar. Don Ysaac la abrazó y dándole unas leves palmadas en la espalda, le dijo, "Ya hija, ya, ya verás como el Señor, el Dios de Israel, nos protegerá."

Cuando parecía que habían completado el robo, uno dijo, "nos vamos."

Don Ysaac se acercó al portón. Antes de abrirlo Don Ysaac les pidió que cubrieran las literas con lonetas para que la gente en la calle no viera lo que llevaban.

Don Ysaac se apresuró a poner la tranca en el portón de servicio.

Caminaron hacia la cocina. Eulalia bajó a la cocina y se sentó en el piso de ladrillos. Beatriz se agachó y se acercó a su lado. Eulalia abrió los ojos y acarició el rostro de Beatriz.

"Iré con ustedes," dijo parcamente.

"¿Dónde está Sarah"

"No sé señorita. No sé qué se hizo. No sé nada de nadie. Todo el mundo ha desaparecido."

Don Ysaac pensó nuevamente en Saltiel y Jacobo. ¿Qué que se habrían hecho? Los necesitaba.

"Será mejor que dejemos hoy el palacio."

"Pero ¿cómo papà? Es tan tarde. Tenemos unos dos días más los aprovechemos. Tal vez mamà mejore."

Beatriz miró a su padre. Había envejecido. "Papà, por favor, por favor. No podemos salir a estas horas. Nos van a matar. Preparamos todo para dejar el palacio al despertar el día 31. Estoy muy cansada. Esto ha sido tremendo."

Don Ysaac pareció darse cuenta del temor de su hija.

"Unas horas más no será tan importante."

Don Ysaac pareció convencido porque dijo, "Bien. Iré a hablar con Dulcia. Tiene que ser el 31. No podemos esperar más."

Beatriz se paró y ayudó a Eulalia a levantarse. Vio a su padre subir lentamente los peldaños. Tuvo miedo de que se cayera. Miró hacia arriba y vio las flores que había plantado Sarah en las macetas del primer piso. Se habían olvidado esas macetas, se dijo. Subió las escaleras en silencio. Cortó una rosa. Se la puso entre los pliegues de su corpiño.

Se dio vuelta y miró el jardín nuevamente. Recordaba que cuando niña jugaba con las flores y las hacía dormir. Pensó en Arnau. Se tocó los labios que todavía sentían el mismo calor de los últimos besos. Hacía tantos años que no habían celebrado Sucot. Recordó la bella casita con flores y frutas. Seguramente en Venecia celebrarían las fiestas sin ser controlados.

"¿Qué pasa ahora," dijo Eulalia. "Señorita, ya subo. Espere usted."

Beatriz detuvo el paso. Eulalia le pidió quedarse en su alcoba esa noche. Agoi, que había estado con Dulcia, entró con una candela encendida. Beatriz, que se había olvidado de ella, gritó,

"¡Agoi!"

"Sh... señorita. Estuve en la azotea. Tenía miedo."

"Agoi, ¿Te irás con nosotros?"

Agoi acarició la mano de Beatriz y esta se dio cuenta de la lealtad de la joven sirvienta.

"Eulalia dijo que ella también iría."

"Elisenda llora al lado de la cama de su mamá. De Sarah, no sé."

eSefara . com